



EDICIÓN BICENTENARIO

PAÍS AUSENCIA



Leonel Alvarado



PAÍS AUSENCIA

Leonel Alvarado



centro cultural
de españa
tegucigalpa



País Ausencia

Leonel Alvarado

Colección: Poetas de Honduras N2.

Editores: **Armando Maldonado, Salvador Madrid y Néstor Ulloa.**

Corrección: **Iveth Vega.**

Fotografía del autor: **del archivo de Leonel Alvarado.**

Distribución y promoción: **Diario *El Herald* y Diario *La Prensa*.**

Director del Festival de Los Confines: **Salvador Madrid.**

Jefa de redacción de Diario *El Herald*: *Glenda Estrada.*

Esta colección de poemas es de libre circulación. No se permite su comercialización. Se permite citar los textos para fines académicos, de investigación o de enseñanza, siempre y cuando se den los créditos de autoría.

Una producción de **Inversiones Culturales Honduras** para el Festival de Los Confines 2021.

Índice

- 5 Poetas actuales de Honduras
- 6 Biografía de Leonel Alvarado
- 7 De amores y remesas
- 8 *Manihot esculenta*, de la familia de las euforbiáceas
- 9 Los tiempos de la piedra
- 11 Hablándole de Rembrandt a mi madre
- 12 Cuerpo hecho para irse
- 13 La tableta de las maravillas

Poetas actuales de Honduras

Honduras vive uno de sus mejores momentos creativos con el surgimiento de voces valiosas de poetas que ofrecen nuevas miradas y lecturas sobre la vida en el país.

La actual poesía hondureña es polifónica, se abre a nuevos temas, cuestiona el poder, celebra la libertad y la diversidad, se enfrenta al vacío y a la soledad del mundo contemporáneo, habla de migración forzada, de las diferentes violencias, revela la desigualdad entre hombres y mujeres, no teme enfrentarse a las tiranías y, sobre todo, es una de las formas más esenciales de conocer la belleza y el pavor de nuestra patria.

Diario *El Herald* y Diario *La Prensa*, en el Bicentenario de la Independencia de Honduras y Centroamérica, le invitan a conocer una muestra de la poesía de quince poetas, en la colección «Poetas de Honduras» que ha preparado el Festival de Los Confines, junto con Ediciones Malpaso y Editorial Efímera, con el apoyo de la Unión Europea, Centro Cultural España en Tegucigalpa, Gobierno de la República de Honduras, Plan International Honduras, Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán y Casasola Editores, para que miles de personas puedan acceder de manera gratuita a la lectura, contribuyendo de este modo a la educación y al conocimiento de nuestra cultura.

Sin duda esta colección se ampliará, pero iniciamos con María Eugenia Ramos, Leonel Alvarado, Samuel Trigueros, Marco Madrid, Rebeca Becerra, Francesca Randazzo, Heber Sorto, Fabricio Estrada, Yolany Martínez, Rolando Kattan, Venus Mejía, Dennis Ávila, Mayra Oyuela, Perla Rivera y Carlos Ordóñez.



Leonel Alvarado

Nació en San Jerónimo, Copán, Honduras en 1967. Ha publicado los libros de poesía: *El futuro que no fuimos* (2018), *Estos días se llaman Blanca* (2017), *Xibalbá, Texas* (Premio Centroamericano de poesía «Rogelio Sinán», 2014), *Driving with Neruda to the Fish ‘n’ Chips* (2014), *Retratos mal hablados* (Mención Especial Premio Casa de las Américas, 2013), *El reino de la zarza* (Premio Latinoamericano de poesía “EDUCA”, 1993) y *Casa vacía* (1991); de ensayo: *El lirismo patriótico centroamericano: himnos, nacionalismo e identidad* (2018), *Vida y obra de Bulnes el memorioso* (2007) y *Sombras de hombres* (Premio Centroamericano de ensayo «Rafael Heliodoro Valle», 1992); y de cuento: *Diario del odio* (Premio Latinoamericano de cuento «Letras de Oro», 1996).

Es doctor en literatura hispanoamericana por la Universidad de Maryland. Ha sido catedrático en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, la Universidad de Maryland, la Universidad de Shippensburg, Pennsylvania y la Universidad de Massey, Nueva Zelanda, donde actualmente reside.

De amores y remesas

Western Union está locamente enamorado
de esta angoleña que apenas puede deletrear
su nombre, llenar el formulario y presentar
sus credenciales para demostrar que es ella
la que está de este lado, despachando en números
su amor por el distante.

La mira, papeles en mano, el nepalí;
la miro yo; la miramos todos los que estamos
aquí queriendo, poniendo en cifras el cariño,
pagando la deuda de estar lejos.

El derecho de esperar detrás de la angoleña
se gana; usted cruza desiertos, se lanza al mar,
se esconde en trenes, espera en campos de detención
y, si muere en el intento, le pide a su cadáver
que le guarde el puesto en la fila.

A usted lo trajeron los números, las ansias
de llenar cucharas, la alegría de pagarles la felicidad
a otros, de regurgitarles sus peces en la boca.
Amparados al cariño de Western Union
usted, el nepalí y yo somos esa angoleña
que deletrea lentamente el nombre
para que en el éter del mercado se sepa
de dónde partió este amor.

Manihot esculenta, **de la familia de las euforbiáceas**

Abríamos la tierra y la raíz, sorprendida en jugos
y amores, no sabía que veníamos a arrancarla.

Días de yuca en el patio; esa planta que,
después supimos, se parece a la de marihuana.

Uno metía filos en la tierra y la raíz no tenía tiempo
de reponerse de la sorpresa. Nos miraba, preguntándose

quién vino a interrumpir sus deseos arteriales,
su trajín de jugos que endurecían tallos y hacían temblar

hojas inocentemente en el aire. Uno metía manos
en la tierra porque esto se hace a mano desnuda,

con los dedos metidos allí donde el suelo transformaba
sus sueños húmedos en tubérculos que nos llevábamos

a la mesa. En platos acababan esos jugos, en ollas
que eran el sudario del poseído por el deseo.

Y era humilde la tierra. No había pretensiones
en esas raíces. A nadie le escandalizaban esos días

de ir al patio, meter filos y manos en el suelo
y sentir, al desprenderse, el estremecimiento de la yuca.

Los tiempos de la piedra

Hay que devolverle su prestigio
a esta piedra. Hay que decir, por ejemplo,
que esta es la piedra labrada por el maya;
esta, hay que insistir, no es la piedra
confinada al aparato digestivo de la gallina
ni la que el miedo levanta para espantar
al perro. Esta, insistamos, fue la piedra
digna alguna vez de un glifo que todavía
encierra los misterios del tiempo.

¿Se rompería el orden natural de las cosas
si esta piedra no existiera?
¿Se alteraría el devenir de la historia
si esta piedra faltara en el mundo?

De una piedra, nos dicen las Escrituras,
brotó agua en el desierto; sobre una piedra,
nos dice el escriba, lloró Mario en las ruinas
de Cartago. Pero sin esa fuente y ese llanto
no habría nada qué decir sobre esas piedras.
Otra quizá sería la historia del pueblo de Israel
y sobre otras ruinas se levantaría ese modernísimo
centro turístico en el golfo de Túnez.

La piedra tocada por el milagro o el azar
no está condenada a perderse entre
la basura arqueológica.

Uno visita otras ciudades y le dicen
aquí, en esta esquina, se puede ver
la primera piedra de tal o cual edificio.
Y allí está, fechada, señalando el origen
de lo que un día será ruina.

Pero la piedra tocada por el tiempo
tendrá su poco de inmortalidad.
En eso quizá se diferencien
la piedra del maya y la que sirve
de cenicero a mis amigos. El tiempo
las trabaja; las salva o las pierde.
Como a los hombres.

Hablándole de Rembrandt a mi madre

Mi madre y Rembrandt tienen algo en común:
la dignidad de la pobreza. Bruja de sus panes
alimentaba a los hijos con monedas de a mentiras
y todavía le sobraba para el ungüento del herido.

Rembrandt regurgitaba sus Aves del Paraíso
en boca de sus acreedores, metía monedas de luz
en sus bolsillos para pagar alquiler, mesa, amores.
Desesperada, rabiosa la mano iluminaba

con dignidad otras miserias. Mi madre tenía
doce años cuando un autorretrato de Rembrandt
fue a dar a la colección que Hitler mantenía en Linz.
La familia Raman se lo canjeó a Goering
por veinticinco visas para salvar
veinticinco vidas de los hornos.

¿Cómo iba a saber Rembrandt que ese retrato,
que quizá lo salvó de sus acreedores,
se cotizaría en vidas?

En algún museo está ese retrato y en el retrato
la luz que de niño veía en la cara de mi madre
cuando entraba al cuarto, pesada de dolores pero digna.

En la oscuridad, que vuelve más frágiles las cosas,
mi madre estaba en su mejor Rembrandt, iluminando
al hijo con la ternura que le brotaba de los ojos.

Ahora, en sus ochenta, le digo que esa luz
que me acompañó todas las noches está
en suntuosas salas de museos que nada tienen
que ver con el cuarto donde ella y Rembrandt
distráían con sus cuentos a la miseria.

Cuerpo hecho para irse

El que se fue extendió su cicatriz
sobre puentes, mares y desiertos. Se fue

para volver en números duramente habidos
en el destierro. De este lado quedaban

los que se alimentarían de esa cicatriz,
los bebedores del sudor más necesario

de su cuerpo. A sudar el amor de otros
se había ido, a pagar en cifras el precio

de estar lejos. En caravanas se fue,
en balsas que le llevaban miserias

al mar, en contenedores que mezquinaban
el delgadísimo aire del desierto.

Y qué duro llegar, qué largo el irse,
qué tantas bocas para un solo cuerpo.

Y qué duro cada regreso, qué largo el volver,
qué tantas bocas esperando al que entraba

a la hora de la comida, se tendía en la mesa
y sacaba platos duramente amorosos de su cicatriz.

La tableta de las maravillas

Lo que fue chasqui, humo, posta, paloma mensajera
es hoy pantalla, prodigio de cables y botones que nos trae
buenas y malas nuevas, cariños y dolores, cuerpos y números
que van llenando y vaciándonos la vida.

Lees pantallas, te anoticias,
te vuelves experto en angustias ajenas.

No es que haya más maravilla y mayor crueldad en el mundo;
de lo prodigioso y lo terrible está hecha la historia:
la invención del mundo en seis días y su destrucción
por agua, los cien mil elefantes de Genghis Khan,
los Alpes conquistados por Aníbal, los monstruos
sin cabeza que no encontró Colón, los millones
que murieron en la Gran Guerra y, ya en tiempos de paz,
los millones que no pudieron con la gripe española.

Tantas cosas han acontecido, confiesa Lucas,
que he decidido contarlas. Así fue para Homero
y para el escriba maya. Ya lo dijo Samuel Butler:
las noticias están por todas partes, los fotógrafos
saltan como leones hambrientos sobre su presa
(y era apenas el siglo diecinueve).

El mundo se aparece en todo su prodigio y toda su crueldad
frente al iluminado por el resplandor que emana de este nuevo
retablo de las maravillas. El clic es la chispa que enciende
la hoguera que una vez reunió a la tribu.

POETAS DE HONDURAS

2

Gracias al apoyo de

